

HISTORIA DE LA RESTAURACION.

LIBRO PRIMERO.

Ojeada retrospectiva sobre el reinado de Napoleon.—Napoleon en 1813.—Su regreso á Paris.—Los ejércitos coaligados sobre el Rhin.—Convocatoria del Consejo de Estado el 14 de noviembre.—El Consejo de Estado decreta una quinta de 300,000 hombres.—Estado de la Francia militar.—Apertura del Cuerpo legislativo.—Discurso del emperador al Cuerpo legislativo.—Proposición de Francfort.—Señalamiento de un congreso en Manheim.—Elección de los comisionarios encargados por el Senado y el Cuerpo legislativo del examen é informe de las negociaciones.—Elección hostil y oposicion del Cuerpo legislativo.—Mr. Lainé.—Mr. Raynouard.—Mensaje de Mr. de Fontanes.—Cambaceres.—Mensaje de Mr. de Lainé.—Indignacion de Napoleon.—Savary.—Supresion del mensaje del Cuerpo legislativo.—Su disolucion.—Recibimiento del 1.º de enero de 1814.—Discurso del emperador al Cuerpo legislativo.—Reorganizacion de la guardia nacional de Paris.—Presentacion de Maria Luisa y de su hijo á los oficiales de la guardia nacional.—Alocucion de Napoleon.—Maria Luisa.—Partida de Napoleon para el ejército el 23 de enero.—Schwarzenberg y Blucher pasan el Rhin el 31 de diciembre.—Situacion respectiva de los aliados y del emperador.—Cansancio de la Francia.—Llegada de Napoleon á Chalons el 25 de enero.

I.

El reinado de Napoleon iba estrechándose. Puede definirse en estos términos: el Antiguo Mundo reconstruido por un hombre nuevo. Daba un retoque de gloria á los siglos gastados: su genio era un genio póstumo.

Fué el primero de los soldados, no de los hombres de Estado: muy perspicaz en lo pasado, era muy ciego en cuanto al porvenir. Si este juicio parece á alguien demasiado duro, con solo una ojeada puede convencerse de su exactitud. Los hombres no se juzgan por su fortuna, sino por sus obras. Tuvo en su mano la fuerza mas grande que la Providencia ha depositado en un mortal para crear una civilizacion ó una nacionalidad: ¿y qué ha dejado?... Nada mas que una patria conquistada y un nombre inmortal: fué el sofisma de la contra revolucion.

El mundo pedía un renovador y se habia hecho su conquistador. La Francia aguardaba el genio de las reformas, y la dió el despotismo, la disciplina y el uniforme por toda institucion. A la libertad de conciencia contestó con una coronacion, un pacto simoniacó con Roma, un concordato.

La impiedad se cobijaba bajo las pompas oficiales de su culto. En vez de buscar la religion en la libertad, se engañó en ocho siglos parodiando el papel de Carlo-Magno, sin tener la fé juvenil ni la sinceridad heróica de aquel Constantino de las Galias y de la Germania. A la necesidad de igualdad de derechos, contestó con la creacion de una nobleza militar, y un feudalismo de la espada: á las necesidades de la libertad del pensamiento, con la censura y el monopolio de la prensa: á la necesidad de la discusion con el silencio de las tribunas, á cuyo pie, una muda representacion del pueblo, no conservaba mas derecho que el de escuchar y aplaudir á los órganos del emperador. La inteligencia yacia en la mayor languidez, las letras se envilecian, las artes estaban superditadas, y las ideas morian con aquel régimen. Solo la victoria podia contener la explosion de la independenciam de los pueblos y del espíritu humano. El dia en que cesase de dorar aquel yugo del universo, debía parecer lo que era: la gloria de uno solo, la humillacion de todos, la ignominia en la dignidad de los pueblos, el llama-

miento á la insurreccion del continente. Cesó: el espíritu humano, el genio rechazado de la revolucion, la independenciam de los pueblos, el remordimiento de las nacionalidades destruidas, y el orgullo de los soberanos humillados siguieron los pasos del vencido conquistador del mundo, de revés en revés hasta el otro lado del Rhin, para arrancarle no solo la España, la Italia, la Holanda, la Bélgica, la Prusia Rheniana, la Alemania, la Suiza, la Saboya, sino hasta la misma Francia, por largo tiempo instrumento, y entonces campo de batalla de la última lucha de su héroe.

II.

Napoleon, en los últimos años de su dominacion, habia cedido á las seducciones de su fortuna; á medida que se ensanchaba su imperio, menguaba su inteligencia y actividad. Separado de los hombres por la corte servil de que se habia rodeado, siempre cubierto, por decirlo así, con el manto de su imperio, parecia que queria olvidar su origen, su fortuna y su genio, con la etiqueta y adulaciones del bajo imperio: el emperador habia disminuido el hombre. Su campaña de España se asemejaba á una campaña de Dario ó de Luis XIV, viéndolo todo de lejos, mandando con un gesto, y haciéndolo todo por medio de sus tenientes. Su campaña de Moscou habia abarcado el mundo sin poderle sujetar. La habia dirigido con molice, proseguido con obcecacion, concluido con descuido, y espiado con insensibilidad. No habia un solo oficial en su ejército que no hubiera conducido y salvado mejor los restos de aquellos setecientos mil hombres, dignos de otro Jenofonte. Habia vuelto en posta desde el Berozina á las Tullerías sin mirar atrás. Parecia que todo lo cedia á la fortuna el dia en que no le concedia el universo: jugador que habia empeñado el continente, y que ya no disputaba nada despues de perdido el gran golpe. Su diplomacia no habia sido menos ciega y vacilante que su

campaña; al aventurar sus legiones hasta Moscovi amenazadas por el invierno, había contado á un mismo tiempo con la guerra y con la paz: con la guerra, para arrancar la paz al emperador Alejandro; y con la paz, para sustraer á su ejército de los azares y riesgos en que su temeridad le había empeñado. Acostumbrado á los enervados pueblos del Oriente y Mediodía, á quienes fácilmente había domado, se asombraba de encontrar una nación decidida á incendiar sus hogares, antes que dejarlos á merced de un dueño. No creía en la resistencia, y apenas creía en el clima. En el Kremlin perdió los días que el Otoño le dejaba todavía para efectuar su retirada. Sus generales le decían: «Quedaros ahí con la flor de vuestras tropas durante este largo invierno, ó apresurar á replegaros sobre una línea de operaciones en comunicacion con vuestro imperio y vuestros refuerzos. No supo tomar ni el partido de aquel atrevido acantonamiento, ni el de una prudente retirada. Engañado por las ilusiones de paz con que se obstinaba en adormecerse, no partió hasta que fué impelido por las primeras nieves, flanqueado por los rusos, acosado por los cosacos, extenuado por el hambre, separado de sus poco afectos auxiliares, dejando cada noche en el camino los restos de su moribundo ejército. La Alemania, testigo de aquella fuga se había sustraído de su manó: sus auxiliares no eran mas que unos vencidos, y su derrota les devolvió el patriotismo. Había estado muy fascinado con su propio prestigio, para creer en la fidelidad de sus aliados despues de los reveses. No había entrado aun en las Tullerías, cuando los débiles restos de su ejército, cuyo mando confiara á Murat, se habían disipado, y el mismo Murat dejó el mando para ir á Nápoles á meditar su defeccion y salvar su trono.

III.

Su audacia, mas que su genio, pareció reanimarse en

la campaña de Alemania de 1813. Dresde y Leipsick habían sido victorias y reveses dignos de su nombre. Todavía tenía la paz en sus manos, pero una paz humillante no podía satisfacer á un hombre, cuya fama de general invencible, era el título para el respeto de la Europa, y para el trono absoluto de la Francia. Todavía contaba con lo imposible: había descuidado hacer volver de España ó Italia sus aguerridas legiones, temeroso de que apareciese que quería abandonar uno solo de sus pensamientos de monarquía universal. Replegarse y concentrarse era confesar que estaba vencido y que conocía su debilidad. No la conocía, ni quería hacer semejante confesion á la Francia. La había hablado sin cesar de milagros, y la prometía otros nuevos: se los prometía él mismo efectivamente. Tanto se había hecho ensalzar por sus aduladores, que había concluido por creer en la divinidad de su nombre. De allí el rompimiento de toda clase de negociaciones serias con el continente, la diseminacion de sus ejércitos desde Madrid á Amsterdam, y la debilidad ó inesperienza de sus tropas en Francia, en el momento en que los ejércitos confederados pasaron el Rhin.

IV.

Entonces cesó de ser Dios, y volvió á su estado de hombre. La ignominia de haber conducido los ejércitos de la Europa al suelo de la patria, por único resultado de tantas victorias compradas con la sangre francesa; el dolor de reinar sobre aquel imperio de que cada habitante podía pedirle cuenta de su hogar violado; el respeto de su nombre militar; la costumbre inveterada de los prodigios; el sufrido patriotismo de aquel gran pueblo, que al acusar á su soberano se personificaba todavía en su general; la adhesion de sus antiguos lugar-tenientes y de sus nuevas tropas, envanecidas de combatir á las órdenes y á la vista del genio de la guerra; las pérdidas

ilusiones que le dejaban ver claramente el peligro y los recursos; el campo de batalla de la Francia tan bien estudiado, y de que cada ciudad, cada aldea, cada surco iba á recordarle que combatia por el hogar nacional; en fin, aquella muger, aquel hijo, aquel trono que podia dejarles ó perder, y la desesperacion de la naturaleza y de la ambicion en su corazon, le devolvieron cuanto habia perdido en el largo vértigo de la prosperidad. Olvidó los diez años de omnipotencia y de orgullo, arrojó su cetro y su manto, y volvió á vestir el uniforme y á empuñar la espada. Se volvió á hacer soldado para reconquistar el imperio, ó para sucumbir con toda su gloria. Aquel fué el dia de su carácter, los demas no habian sido mas que los de su fortuna. El historiador mas prevenido le aclama grande, en aquel esfuerzo supremo para retener la fortuna que se le escapaba. Se rejuveneció diez años: su alma aletargada por el trono, triunfó de la postracion de su cuerpo. No se volvió á ver el Bonaparte de Marengo, pero volvió á verse en él otro Napoleon.

V.

El imperio le habia envejecido antes de tiempo. Satisfecha la ambicion y el orgullo, las delicias de los palacios, la esquisita mesa, el muelle lecho, las esposas jóvenes, las queridas complacientes, las largas vigiliass, el insomnio compartido entre el trabajo y las fiestas, la costumbre de montar á caballo que embastece y engruesa el cuerpo, habian entorpecido sus miembros y debilitado sus sentidos. Una obesidad precoz le sobrecargaba de carne: sus mejillas, en otro tiempo surcadas por músculos y por la consuncion del genio, estaban llenas, anchas, y prominentes como las de Othon en las medallas romanas del imperio. Una lijera tinta de bilis mezclada con sangre ponía la piel un poco amarillenta, y desde lejos daba á su semblante como una especie de barniz de oro mate.

Sus labios tenian siempre su arco ático, su gracia y su firmeza, y pasaban fácilmente de la sonrisa á la amenaza. Su barba sólida y huesosa sostenia muy bien la base de las facciones: su nariz no era mas que una línea delgada y trasparente, la palidez de las mejillas daba mayor realce al azul de los ojos. Su mirada era profunda, movible como una llama sin reposo, como una inquietud. Su frente parecia haberse ensanchado por la desnudez de sus negros cabellos, medio caidos por la humedad de un pensamiento continuo. Hubiérase dicho que su cabeza, naturalmente pequeña, se habia agrandado para dejar correr libremente entre sus sienas, las ruedas y las combinaciones de una alma, de que cada pensamiento era un imperio. La carta del globo parecia haberse incrustado en el mapa-mundi de aquella cabeza. Pero comenzaba á debilitarse: inclinábala continuamente sobre su pecho, cruzando los brazos como Federico II. Afectaba aquella actitud y aquel gesto. No pudiendo seducir ya á sus cortesanos y soldados con la hermosura de la juventud, se notaba que queria fascinarlos por el carácter inculto, pensativo y desdeñoso aun de sí mismo, de su modelo de los últimos tiempos. Representaba la estatua de la reflexion delante de sus tropas, que le apellidaban el Padre del pensamiento. Algo de brusco y agreste en sus movimientos revelaba al hombre insular y meridional. A cada instante sobresalia su origen mediterráneo sobre el carácter francés. Su naturaleza, mas grande y mas fuerte que su papel, revosaba en él por todas partes. No se asemejaba á ninguno de aquellos hombres que le rodeaban. Superior ó indiferente, habituado al sol, al mar, á los campos de batalla, extranjero en su palacio y hasta en su imperio; tal era en aquella época el perfil, el busto, la fisonomia exterior de Napoleon.

VI.

Hacia ya dos años, desde su regreso á Paris, en otro

tiempo triunfal que repentinamente se ponía triste y faciturno. Llegaba cuando no le esperaban, como si quisiera sorprender ó anticiparse á una revolucion. De este modo volvió la noche del 9 de noviembre de 1813, vencido pero no desalentado. Sus ejércitos se habian desvanecido, y las tropas coaligadas tocaban ya al Rhin. Parecian detenerse como indecisas y asombradizas de sus victorias sin saber si le pasarían ó no. La Francia no estaba en realidad protegida mas que por la sombra de sus destruidas legiones, por aquel rio, por sus plazas fuertes, y las montañas de los Vosges. Pero la policia del imperio era tan implacable, y el silencio de la opinion, aunque forzado, tan profundo, que la generalidad de la poblacion ignoraba la verdad hasta de los mismos hechos, y nadie se atrevia á revelar la invasion de la Europa en la Francia sino á sus mas íntimos amigos y en voz baja. El espionaje y la delacion habian llegado á ser dos instituciones del despotismo. Las fisonomias temian hacerse traicion: anunciar uná derrota del emperador, hubiera sido un crimen de lesa magestad contra su fortuna. El terror de 1793 se recordaba con el gobierno de aquel hombre, que habia vivido, engrandecidose y tratado con los hombres de aquel tiempo. Las ejecuciones rápidas, los calabozos, las prisiones de Estado, los consejos de guerra y la sangre, no eran medios de gobierno tan distantes de sus ministros, que no hubiese que temer su repeticion. Pocas semanas despues iba á vérsese en la capital de la Champaña.

VII.

Napoleon dedicó el dia siguiente á su muger, su hijo y sus confidentes. Estaba resuelto á prevenir los murmullos con la audacia y á dominar la oposicion naciente redoblando las exigencias y la tiranía con la opinion. Temeroso de ser acusado, llegaba como acusador. El 11

convocó en las Tullerías su Consejo de Estado, compuesto de hombres hábiles, especiales, muy versados en los negocios, rígidos con los subordinados, y flexibles con su amo. La mayor parte eran hombres de luces y de talento, pero sin carácter avezado á la resistencia: muchos de los hombres de la convencion, algunos del terror, y un corto número de regicidas. Pero aquellos se habian vendido al Imperio, y renegado de la libertad de un modo, que nunca podían retroceder en la revolucion. Napoleon los tenia sujetos por la apostasia: los enseñaba al pueblo como emblemas de la democracia, y como prendas de revolucion: pero él los miraba sin temor como instrumentos de dominacion, ni capaces de otro papel que el de popularizar la esclavitud. Aunque estaban bien acostumbrados á sonreirse con su amo, y felicitarse por las circunstancias, los ministros y consejeros de Estado no tuvieron tiempo para componer sus semblantes. Su fisonomía y su silencio descubrian su embarazo. No sabian todavía si Napoleon queria espresiones de sentimiento ó de valor. Comenzaban tambien á acusar por lo bajo á una fortuna, que obstinándose de aquel modo, comprometia la suya propia. Estaban indecisos y faciturnos: Napoleon sabia la disposicion de sus ánimos por su ministro de policia. Resolvió asombrarlos por la rudeza de sus confesiones, y sobrepujar á sus temores con la exageracion de los desastres. La Europa armada, que seguia sus pisadas, no permitia ya disimulo. Aparentó confianza, abandono, y se quejó del destino y de los hombres. Se propuso difundir la consternacion en el alma de sus cortesanos unidos á su suerte, para que aquel temor les inspirase su valor desesperado, y los consejos que de ellos aguardaba.

VIII.

Comenzó por dirigir en términos injuriosos, severas

ó inesperadas quejas á algunos de sus ministros de segundo orden, como un sacrificio espiatorio para la cólera de los acontecimientos, y para que el rayo que caía sobre aquellos, tranquilizase y estrechase la union de los demas. Pidió que se aumentasen los impuestos: un ligero murmullo le irritó: «Los impuestos, contestó con audacia, no tienen límites: pueden seguir las proporciones del peligro de la patria. No hay mas medida que las necesidades del gobierno. Las leyes que digan lo contrario son malas leyes.» Todos callaron y aprobaron.

Propuso una conscripcion ó quinta de trescientos mil hombres, que hubiesen ya cumplido el servicio, y que hiciese cuatro años que habian vuelto á sus hogares. El silencio le reveló el asombro del Consejo al oír aquel nuevo diezmo de la juventud. Solo uno, mas servil que sus colegas, se inclinó diciendo que aquella medida era necesaria para la salvacion del Estado. Napoleon, para quien todo lo que no era entusiasmo parecia resistencia, frunció las cejas y se puso pálido: no queria ser solamente obedecido, queria que le aprobasen. Aparece otro aprobador, y censura intrépidamente al emperador el hablar de *fronteras invadidas*, como si la confesion de un revés fuese un atentado contra la inviolabilidad de su estrella: la evidencia de la invasion le parecia mas intolérable de confesar que de sufrir. La misma Francia conquistada, debia creer aun que su dueño no podria ser vencido.

Napoleon, preparado para aquel obsequio de sus cortesanos, aparentó rechazar con desprecio aquella reticencia. «¿Por qué, dijo, esas contemplaciones con la verdad?... Es necesario decirlo todo. Wellington ha penetrado en el Mediodía: los rusos amenazan al Norte, y los austriacos y alemanes mis provincias del Este.» Luego, con un acento que remedaba al de la *Marsellesa* de 1792, que hubiera querido renovar: «¡Wellington, continuó, está en Francia!... ¡qué ignominia!... ¿y no se

ha levantado en masa para arrojarle de ella?...» Cómo si quedase en Francia algo que pudiera levantarse como no fuese el mismo terreno. «Todos mis aliados me han abandonado, prosiguió con palabras entrecortadas, y con miradas de indignacion al cielo. ¡Los alemanes me han hecho traicion! han tratado de cortarme la retirada.... Pero ¡cuán caro les ha costado!.... No, no haya paz, hasta que quede incendiada su capital.... Un triumvirato se ha formado en el Norte.... el mismo que se ha repartido la Polonia.... Como si él no hubiese asegurado los fragmentos de aquella Polonia, y de la humillada Venecia al Austria. ¡Nada de tregua hasta que ese triumvirato quede deshecho!... Quiero trescientos mil hombres: formaré tres campos de cien mil en Burdeos, Lyon y Metz. ¡De este modo tendré un millon de hombres!... Pero los quiero ya formados y no niños, que me obstruyen los hospitales, y se caen muertos por los caminos.»

«Sí, señor, dijo un consejero, es necesario que nos quede la antigua Francia.» Napoleon se indignó al ver que no le comprendian, y la resignacion de su Consejo á limitarse al corazon de su Imperio.—«¿Pues y la Holanda?... añadió, dando con el puño en el brazo de su sillón: ¡si me viese precisado á abandonar la Holanda, preferiria volvérsela al mar!... ¡Consejeros de Estado, es necesario un impulso!... ¡Es preciso que todo el mundo marche!... Vosotros sois padres de familia, sois los gefes de la nacion; á vosotros os toca ponerla en movimiento.....»

Ningun entusiasmo se manifestó en su actitud. Napoleon los miró é increpó como si hubiese oído la palabra que le atormenta, aunque nadie la habia pronunciado: «Se habla de paz, segun creo; no oigo mas que la palabra de paz, cuando todos deberian gritar, ¡guerra!.....»

Su consejo decretó sin discusion los trescientos mil hombres. Napoleon los despidió con la entusiasta pala-

bra de orden, pero solo le contestó el abatimiento. Con su actividad febril se ocupó en reunir en rededor de los débiles núcleos de los cuerpos que habia dejado en las orillas del Rhin, en Bélgica y en Holanda, los restos de las tropas aguerridas que tenia á mano, los destacamentos de su guardia, y los nuevos soldados que se hallaban en depósito en las guarniciones de lo interior. Pero esceptuando sus antiguas huestes, reducidas á cerca de ochenta mil hombres, todo resistia á su mano por la estenuacion é inercia del Imperio. Daba órdenes á la nada, y dirigia contingentes quiméricos: contaba hombres en sus caminos militares y campamentos, y solo tenia guarismos en sus estados. Consumidas de este modo sus noches, eran infructuosas para el día. En sus consejos, en su capital y en su palacio, se notaba el mismo movimiento que en la época en que conmovia al mundo desde el fondo de su gabinete, y ya no se movia nadie mas que él. La Francia militar habia muerto en los campos de batalla de la Alemania, de la España, y de la Rusia: ya no tenia mas que su general: continuaba dirigiendo la palabra á legiones que no existian. Su palacio se habia convertido en el palacio de sus sueños: estaba solo en él con la sombra de su antigua omnipotencia, y de su invencible voluntad: marchaba, y nadie le seguia,

IX.

En sus palabras al Senado, estuvo tan imperioso como en los días de sus victorias. Seguro de antemano del servilismo de aquellos hombres gastados por la revolucion, y envejecidos en la adulacion, les intimó su voluntad: apresuráronse á convertirla en senado-consultos. Llamó al Cuerpo legislativo á Paris para el 19 de diciembre, pero temia que aquellos mudos representantes de

los departamentos, que participaban mas de cerca del descontento general, no elevasen por el órgano de su presidente, una voz importuna. Previó que podian elegir para presidente á un hombre independiente, y los quitó el derecho de nombrarle. Mr. Molé era ministro de la Justicia: jóven, con un nombre ilustre, de un talento precoz, de una opinion adaptada al tiempo, con un celo por la monarquia llevado hasta la paradoja del despotismo, atreviéndose á mucho para complacer, y á todo para servir, se encargó de justificar á los ojos de la opinion aquel capricho de su amo. Habló de las miradas del emperador, que podian sorprenderse con el rostro de un presidente desconocido. Alegó lo arriesgado que era para un hombre nuevo ignorar ó *infringir* la etiqueta de palacio. El Imperio, en su decadencia, se adheria como el imperio bizantino, á las últimas puerilidades del trono. No se sabia quien se envilecia mas con semejante audacia, si el despotismo ó la nacion. Jugábase con las instituciones de diez años, á los excesos del orgullo de las monarquias envejecidas, que habian vuelto al estado de la infancia. La dignidad humana se reia de su propia degradacion.

Abrióse por fin el Cuerpo legislativo.

X.

La nacion esperaba muy poco de aquella sombra de representacion; la constitucion la condenaba al silencio. Votar sin discusion los proyectos de ley presentados por el gobierno y sancionar decretos, eran todas las atribuciones de aquella asamblea. El mismo Napoleon habia tenido cuidado de llamarla *Consejo legislativo*, y no una representacion soberana. Seria una pretension criminal, dijo, al creer representar la nacion ante el emperador.

Sin embargo, la nacion aguardaba mas del Cuerpo legislativo que del Senado.

Si en medio de tanta opresion podia exhalarle algun murmullo, era precisamente de alli. Aquellos hombres llevaban por lo menos á Paris la impresion de los padecimientos y humillaciones del pais. Napoleon espiaba y velaba aquellos murmullos: hasta entonces habia sido encubierto por felicitaciones perpétuas. Aquella vez podia mas, exigia una obediencia y abnegacion supremas. Arrancándolas, podia arrancar un grito de dolor: todo lo tenia combinado con sus complacientes para sofocarle.

Para presidir el Cuerpo legislativo designó un jurisculto eminente, Regnier, duque de Massa, hechura suya por los favores y dignidades. En la sesion de apertura se presentó con una pompa enteramente militar. Leyó un discurso, cuyas palabras de un doble sentido, estaban calculadas de modo, que para el pueblo fuesen prendas de paz, y para los cuerpos constituidos como unas intimaciones de enérgica cooperacion para la guerra. Al final aparentó una abnegacion de ambicion y un espíritu de padre de familia, que hacia esperar por su parte mucha longanimidad en las negociaciones. En su acento se reconocia la sabiduría del hombre maduro, y el cansancio del soldado fatigado; se observaba ademas en aquel documento una melancolia que recordaba la de su juventud, y enternecia á pesar de los resentimientos.

«Habia concebido, dijo, y ejecutado grandes proyectos para la prosperidad y la ventura del mundo!...» Aquí se detuvo como para dejar tiempo al pensamiento de recorrer en silencio sus reveses y de medir su caida. Despues continuó con gravedad: «Monarca y padre, comprendo muy bien cuánto contribuye la paz á la estabilidad del trono y á la de las familias. Se han entablado negociaciones con las potencias coaligadas: me he adherido á las bases preliminares que me han presentado. Abrigaba la esperanza de que antes de la apertura de

esta legislatura estaria reunido el congreso de Manheim. Pero nuevas dilaciones que no pueden atribuirse á la Francia, han alargado el momento porque tanto anhelaba el mundo. Mis oradores os darán á conocer mi voluntad acerca de este punto. Se os presentarán los documentos relativos á las negociaciones.»

Salió. Sus palabras fueron recibidas con una incredulidad oculta con las apariencias de una mentida confianza. Se sabia que las negociaciones no eran mas que el velo con que la Europa y él procuraban encubrir los preparativos de una guerra decisiva. Una vez levantada contra él, la Europa no podia volver á permanecer tranquila bajo su mano. Una vez despojado, á los ojos de la Francia, de su prestigio y de sus conquistas, ya no podia gobernarla. Coronado por las victorias, las derrotas le destronaban. Lo sabia muy bien: no presentaba á la Francia la idea de la paz, sino para arrancarla los últimos medios de guerra. No podia reconquistar su trono, sino sobre nuevos campos de batalla. Una vez vencedor, ya no le era posible detenerse. Cualquiera paz era la pérdida de un derecho para un soldado que habia poseído el Continente. No era la paz en lo que soñaba, era en una segunda omnipotencia. Dos ó tres jornadas felices bastaban para devolvérsela. ¿No podia la fortuna rehacer lo que ya habia hecho?

Las negociaciones no eran serias ni en las Tullerías ni en el cuartel general de los aliados. Por ambas partes se trataba de distraer la atencion: los aliados, de la Europa; Napoleon, de la Francia.

XI.

En el momento en que los ejércitos de las potencias aliadas llegaron á las márgenes del Rhin sin atreverse á

pasarle, el príncipe de Metternich, ministro omnipotente del emperador de Austria, se acordó de que la emperatriz María Luisa era hija de su amo. Atravesado el Rhin, el destronamiento de Napoleón era una de las consecuencias de la victoria. La caída de Napoleón podía arrastrar en pos de sí el trono de María Luisa, lo cual era un mal para la política austriaca, que de aquel modo perdería la alianza íntima de la Francia, los beneficios de una regencia en su casa, y el patronato austriaco de un niño, emperador de los franceses. Además sería un bochorno para la familia, y desgarrar el corazón del emperador Francisco. El príncipe de Metternich, mezclado largo tiempo hacia en la corte de Napoleón, alternativamente despreciado ó acariciado por las princesas de la sangre, no participaba contra ella de las preocupaciones de los que debían últimamente á la fortuna la victoria, ni de las antipatías de la vieja Europa. Temía además la desesperación de un hombre de talento, colocado por una negativa de convenio entre el trono y la muerte. Por fin, era diplomático y deseaba atraer hácia sí el destino. Hizo una proposición á Mr. de Saint-Aignan, uno de los ministros mas acreditados de Napoleón en Alemania: detenido en Weymar, Mr. de Saint-Aignan fué conducido al cuartel general: Mr. de Metternich le llamó á Francfort: allí le dictó una nota en que decía á Napoleón con qué condiciones trataría con él la Europa. Los ministros de las diferentes potencias se adhirieron á las bases de aquella negociación: Mr. de Metternich era sincero, porque estaba interesado en ella. Los demás aparentaron creer en la posibilidad de semejante paz: eran demasiado ilustrados para esperarla ó para temerla. El alma de Napoleón vencido no podía contenerse en los límites que se le trazaban.

Aquellos límites eran los de la antigua Francia. Napoleón debía renunciar á toda soberanía en Alemania, al otro lado del Rhin, en España, Italia y Holanda. A

este precio se trataría, pero no se suspenderían las operaciones militares mientras estuviesen pendientes las negociaciones.

XII.

A esta nota contestó Napoleón señalando á Manheim como punto en que debía reunirse el congreso. La aceptación de una retirada general de la Europa, sobre el terreno de la antigua Francia, demasiado estrecho para sostener el Imperio, anunciaba claramente que aquel congreso no era para Napoleón mas que una ilusión que dejar á su pueblo. No hacia seis meses que habia renunciado en Dresde la mitad del Continente. Hizo mas: algunos dias despues se adhirió á las bases propuestas en la nota de las potencias. Las cartas y las respuestas se cruzaron con una lentitud que indicaba por ambas partes el temor de comprometerse mas estrechamente. El congreso de Manheim no llegó á abrirse. Habian pasado los dias y los acontecimientos. A estas cartas en que se fijaba un punto para tratar, era á lo que Napoleón llamaba los documentos de la negociación: las remitió simultáneamente al Senado y al Cuerpo legislativo. Aquellos dos cuerpos nombraron comisiones para que informasen sobre aquellos documentos y presentasen su dictámen para que los diputados y senadores pudiesen discutir acerca de la situación. Los ministros, los consejeros y los cortesanos se esforzaron en ganar la votación por medio de hombres seguros, es decir, influyendo en aquellos ánimos enervados y en aquellos caracteres vencidos.

XIII.

El Senado nombró sin deliberar á los miembros, á

quienes sus antecedentes diplomáticos y su mérito eminente, parecían designar para aquel estudio de la Europa. Mr. de Talleyrand, hombre de dos caras, de las que ninguna descubría á la otra, y capaz de ocultar á la Europa lo que no se quería revelar con una declaracion ambigua de Napoleon, comenzaba á presentir la caída y buscaba con ávidos ojos un terreno nuevo, sin levantar por eso el pie del antiguo. Mr. de Fontanes, poeta elegante y mediano, orador de aparato, hábil en resistir con antiguas frases la dura voluntad de su amo, Ciceron habitual del nuevo César, pero Ciceron despues de su postracion ante la fortuna. No amaba la voluntad que confundía con la demagogia revolucionaria. Perseguido por ella en 1793, se había guarecido bajo el sable del emperador: desde aquel asilo todo lo acometía contra la libertad: habia convertido en dignidad la lisonja. La suya era flexible, pero jamás baja. Por lo demas, tenia un juicio recto y una alma literaria, en que el oficio de adulador habia estinguido la independencía, pero no la honradez. El general Beurnonville, antiguo soldado de las guerras de la república, especie de Dumouriez, sin la traicion. Recuerdos de libertad se mezclaban en él á la costumbre de la antigua disciplina y al espíritu militar. Mr. de Saint-Marsan, de la elevada nobleza de Turin, francés por sus servicios, pero italiano por su instinto; uno de aquellos hombres que Napoleon habia nacionalizado por su mérito, comprometido en su destino, y que despues del Imperio ya no encontrarían patria. Y por ultimo, Barbé-Marbois, anciano independiente y atrevido, deportado el 18 fructidor, libertado de la proscripcion por el Consulado, y que honraba al Senado con la probidad de su carácter y lo ilustre de sus desgracias. De semejantes hombres podia esperarse cierta mezcla de libertad de opinion y de deferencia, con grande decoro en el lenguaje. El Senado no podia ya adular, y sin embargo, todavia no se atrevia á hacer advertencias.

La eleccion del Cuerpo legislativo manifestaba otro espíritu. Oprimida la opinion no se atrevia á descubrirse por medio de las palabras; pero en cambio se espresaba por el escrutinio. En él quedaron eliminados aquella vez todos los nombres serviles. Los aduladores habituales se estremecieron ó indignaron al verse separados: fueron á quejarse á Cambacères y al duque de Rovigo, que eran los oídos del emperador. Mrs. Lainé, Raynouard, Gaillois, Maine de Birau, Flaugergues, salieron electos por una inmensa mayoría. Aquellos nombres que hubieran sido una garantía de sabiduría y de fuerza para un gobierno templado, parecieron una amenaza á la córte del emperador. Eran independientes, luego amagaba una revolucion.

Mr. Lainé era de Burdeos: digno por su elocuencia del foro enaltecido por Vergniaud, tenia la grandeza de alma del orador girondino, sin su indolencia ni debilidad. Nacido en las Landas, hombre rural, viviendo con una mediania estóica en los campos, y lejos de las bajezas, absorto en la contemplacion de las cosas grandes, elevado por el espectáculo de la naturaleza á la adoracion del tipo divino, muy versado en la historia, imbuido de los preceptos estóicos y del desprecio de Tácito hácia los vicios de su tiempo, Mr. Lainé tenia toda su altivez, sin nada de su amargura. Era el orador y el filósofo antiguo trasplantado con la dulzura de alma del cristiano á las cosas modernas. Su valor no participaba nunca de los arrebatos de la cólera, sino de la intrepidez del deber. La naturaleza habia formado á aquel hombre y manteníndole en reserva para dirigir el primer ataque al despotismo. No pertenecía al partido de los Borbones; era republicano por carácter y por inclinacion. Solo la razon:

hizo mas tarde servir á los reyes. Para que condescendiese en acercarse á la córte, era necesario que su conciencia le manifestase á la patria en el trono. Tal era el hombre culminante de la comision. No adulo á su tumba; la venero, porque encierra un gran vestigio de la humanidad.

XV.

Mr. Raynouard, era de Tolosa. Una tragedia memorable, *Los Templarios*, habia hecho ilustre su nombre. Era un poeta austero, estudioso, aunque un poco áspero: sus versos participaban de la rigidez de su carácter, que era ingénuo, sencillo y elevado como su talento: nunca separaba al genio de la virtud. Hombre de un aspecto inculto, poco á propósito para agradar, é incapaz de adular, alimentaba contra el despotismo de Napoleon el odio sordo, pero áspero, enérgico que proviene del respeto á la dignidad de una nacion. El despotismo le parecia menos una opresion, que un insulto á la naturaleza humana. Apreciado de sus colegas, hablaba con una libertad varonil, y escribia con cierta espresion de agreste dureza. Los otros tres eran hombres de oposicion filosófica y tranquila, como convenia á una oposicion sin tribuna, sin oradores y sin periódicos.

XVI.

Mr. de Fontanes, confidente del emperador y relator del Senado, satisfizo al trono y la nacion con una de esas frases en que la opinion encontraba la palabra *paz*, y el emperador la absolucion de la guerra. «La paz, decia el Senado, es la primera necesidad de la Francia y de la

humanidad. Si el enemigo persiste en su negativa, combatiremos por la patria entre los sepulcros de nuestros padres y las cunas de nuestros hijos.» Cuando semejantes palabras quedan selladas con la defeccion al cabo de dos meses, se conservan en la historia de los pueblos, no como juramentos, sino como perjurios de la elocuencia.

El Cuerpo legislativo fué mas lento. Los murmullos necesitaban estallar, y era muy difícil, mas estallaron por fin, á pesar de las amenazas de Regnier, duque de Massa, y de los halagos de Cambaceres. Cambaceres, uno de los convencionales que enmudecieron durante el terror, dió su voto en el proceso de Luis XVI, con una ambigüedad favorable á su carácter. Despues de la Convencion, se adhirió á Bonaparte con el presentimiento de la debilidad que busca un apoyo. Bonaparte apreciaba su capacidad, y nada temia de su valor. Ninguno como Cambaceres sabia doblegarse á los papeles secundarios: de este modo quitaba todo motivo de envidia al primero. Napoleon le habia elevado tan alto como le fué posible, sin temor de acercarse. La subordinacion de carácter formaba en Cambaceres parte de la adulacion. Habia algo del Alcibiades envejecido, en aquel principe de nueva fecha, archicanciller del Imperio, especie de vi-rey civil que el soberano dejaba en París durante sus campañas lejanas, para representarle al frente del consejo de Estado y responderle de la Francia. Cambaceres aparentaba algunas ridiculeces para dar al emperador garantías contra su ambicion. Un hombre espuesto de este modo á la burla de la córte y la risa del pueblo, podia ser útil, pero jamás peligroso. Cambaceres aceptaba y aun parecia que buscaba aquellas ridiculeces. Paseábase todas las tardes con el traje de la antigua córte, acompañado de dos chambelanes grotescos, descubierta la cabeza, peinados y empolvados como los retratos de sus antepasados, que adornaban las galerías del palacio real. Los extranjeros, las prostitutas y los muchachos seguian aquel

grupo con la vista y la rechilla. Buscaba la celebridad de Apicio, y exigía en derredor suyo la etiqueta, las genuflexiones y los títulos de la mas antigua aristocracia. Era el genio anticuado del ceremonial en una monarquía de hombres de fortuna, pero bajo aquellas futilidades de cortesano, Cambaceres encubría una alma honrada, un carácter humano, una ciencia real y un firme espíritu de gobierno. Burlábanse de él, pero le apreciaban: hé ahí al archicanciller.

XVII.

En las discusiones secretas del Cuerpo legislativo, no trató de negar el cansancio de la nación, pero sí de neutralizar su espresion en el mensaje. El fantasma de la revolucion le habia hecho retroceder hasta el envilecimiento y la adoracion del despotismo. Tenia todo lo que se asemejaba á sinceridad, por no dar lugar á una libertad. Conjuró á los diputados que emitiesen sus ideas en voz baja. Convino en la necesidad general de la paz, pero negó á la comision el derecho de elevar su voz, aun para espresar un padecimiento del pueblo.

Mr. Lainé tenia la actitud modesta y reflexiva de su carácter: su semblante era sosegado, y al acercar los brazos á su pecho parecia atestiguar las concienzudas convicciones de su corazon. Su cabeza inclinada no tenia nada del reto del tribuno: su voz tenia la gravedad y el temblor nervioso de sus pensamientos. Se indignó de tantas exigencias á los órganos de un pueblo y «No, reclamó al fin con dolor, no, es preciso realzar al Cuerpo legislativo, por tanto tiempo deprimido, y sacarle de su postracion: es preciso hacer oír el grito del pueblo por la paz, y es necesario que sus lamentos estallen contra la opresion.» A escepcion de una cincuentena de diputados apegados por sus dignidades al despotismo, ó co-

bardes que temian la cólera del emperador, todos los corazones habian hablado por la voz de Mr. Lainé. Encargáronle de redactar el informe, que fué aprobado. Era con palabras encubiertas un llamamiento á la Constitucion, una tímida insurreccion de las almas contra el esceso de esclavitud, el derecho de queja, el último derecho de los pueblos reivindicado, al menos por sus representantes, un recuerdo lejano de la Asamblea del Juego de pelota en Versalles, pero bajo el cetro de un señor rodeado de armas, en un palacio cercado de pretorianos.

XVIII.

Mr. Lainé se atrevió á decir en nombre del Cuerpo legislativo: «En medio de los desastres de la guerra se experimenta un sentimiento de esperanza al ver á los reyes y á las naciones pronunciar á porfia el nombre de paz. Las declaraciones de las potencias convienen, en efecto, señores, con el voto universal de la Europa por la paz y con el voto tan generalmente manifestado en derredor de cada uno de nosotros en los departamentos, voto de que el Cuerpo legislativo es el órgano natural.

«¿Quién puede, pues, retardar los beneficios de esta paz? Tenemos como garantía de los designios pacíficos del emperador, á la adversidad, consejo verdadero de los reyes.... Los medios que se nos proponen para rechazar al enemigo y conquistar la paz serán eficaces si los franceses se convencen de que no derramarán ya su sangre mas que para defender la patria y sus leyes protectoras.

«Pero en vano resonarian esas palabras de paz y de patria, sino se garantizasen las instituciones que crean la una y que sostienen la otra....

«Vuestra comision opina que es indispensable que al

mismo tiempo que el gobierno proponga las medidas mas prontas para la seguridad del Estado, se suplique al emperador mantenga la completa y constante ejecucion de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad y de la propiedad, y á la nacion el libre ejercicio de sus derechos políticos. Esta garantía nos parece la mas eficaz para devolver á los franceses la energía necesaria para su propia defensa.

«Queremos enlazar al trono y á la nacion para reunir sus esfuerzos contra la anarquía, contra la arbitrariedad y contra los enemigos de la patria....»

«Si el primer pensamiento del emperador en circunstancias graves ha sido llamar en derredor del trono á los diputados de la nacion, ¿no es nuestro primer deber manifestar al monarca la verdad y el voto del pueblo por la paz?....»

La espresion de los *diputados de la nacion* era una revolucion completa. El 18 brumario volvía á aparecer y se vengaba con una palabra.

XIX.

Era la primera vez que Napoleon encontraba un alma insurreccionada contra su voluntad, desde el dia en que todo lo habia agobiado con el cetro. Hubiera valido mas que aquella queja, proferida en un grito nacional, se hubiese elevado en los momentos en que oprimía al mundo, que cuando declinaba hácia su catástrofe, en que la misma Francia caía con él. Pero Mr. Lainé no era culpable de ninguna de aquellas adulaciones cortesanas. Su alma habia sido una constante censura contra la degradacion civil en su pais: tenia el derecho de decirlo todo y á todas horas: lo decia como hombre libre y no como tribuno. Por otra parte, las naciones, cuando se

sobreponen al poder que decae no son generosas, sino lo han sido con ellas. Se aprovechan de la debilidad de sus tiranos para odiar la tiranía. Esto no es sin duda unanimidad, pero es el destino.

XX.

Napoleon conoció que no era ya Napoleon si aquella voz independiente del orador del cuerpo legislativo no era al momento disipada por el esplendor de la suya. Lanzó un grito de furor fingido ó real: hizo resonar en su Consejo, en su palacio y en sus conversaciones la gravedad de aquel insulto. Se esforzó en hacer subir la indignacion oficial de sus cortesanos y de la nacion á la altura de su resentimiento. Intimó á sus ministros y á su servidumbre la orden de imitar y propagar el eco de su cólera. Todos levantaron el grito contra la insolencia de Mr. Lainé. Era entonces ministro de la policia Savary, duque de Rovigo, antiguo compañero de armas del emperador. Su mérito consistia en una ciega adhesion personal á los intereses y caprichos de su amo: aquella adhesion sin restricciones la habia experimentado Napoleon con servicios que pierden á la misma amistad. El nombre del duque de Rovigo figuraba en el proceso nocturno del duque de Enghien. Juzgado como un asesino, el jóven príncipe habia caído en los fosos de Vincennes á impulso de las balas de una comision militar nombrada por Napoleon. Habia sido arrebatado de territorio extranjero por un crimen contra el derecho de gentes. Su prision fué semejante á una traicion, y su muerte á un atentado: su sangre clamaba y clamará de siglo en siglo contra su asesino. Aunque Savary no hiciese mas que obedecer, hay obediencias que justa ó injustamente se llaman complicidades. Esa justicia ó injusticia de la opi-